

## Un mensaje bíblico

## PARA TODOS

## Un vaso... útil al Maestro

**Si pues se purificare alguno de estos, será un vaso para honra, santificado, útil al dueño, y preparado para toda obra buena.**  
2 Timoteo 2:21, V. M.\*

Estas palabras son tomadas de la última carta que el apóstol Pablo, prisionero por segunda vez en Roma, escribió a Timoteo. Veía el deterioro de la Iglesia y presentía los tiempos difíciles que se acercaban; por eso daba instrucciones a su hijo “en la fe” sobre la manera de conducirse en tiempos de ruina. Las exhortaciones del gran apóstol de las naciones tienen, pues, particular importancia para los creyentes que vivimos en tiempos malos.

En primer lugar, ¿qué es un vaso? Es un recipiente que sirve para contener algo o simplemente para adornar. A menudo la Palabra de Dios compara al hombre con un vaso. Como el barro en las manos del alfarero, así es el hombre en las manos de Dios, quien tiene el poder para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para usos viles (Jeremías 18:4-6; Romanos 9:21). En su gracia Dios llama al hombre –por naturaleza pecador y perdido– para darle la salvación y la vida eterna. Dios busca vasos

Nota: En la versión Reina-Valera 1960 el término *vaso* es traducido por *instrumento*.

vacíos para llenarlos de sí mismo, de su Espíritu, como Eliseo, el profeta de la gracia, se regocijaba de que la viuda pobre llenase de aceite las vasijas que había reunido a petición suya (2 Reyes 4:4).

El creyente no solo es comparado con un vaso de barro, lo cual es muy apropiado para darnos a entender lo débiles que somos, sino también, en lo que se refiere a su posición ante Dios, con un vaso de oro, de plata o incluso de bronce bruñido (2 Timoteo 2:20, V. M.; Esdras 8:27). Redimido por la sangre de Cristo y revestido de la justicia de Dios, el creyente es, en efecto, un vaso de valor que debe brillar para la gloria de Dios, ya aquí en la tierra, esperando hacerlo de un modo perfecto cuando el Señor sea glorificado en sus santos y admirado en todos los que creyeron en Él (2 Tesalonicenses 1:10). Dios preparó de antemano esos vasos de misericordia para el cielo, a fin de “hacer notorias las riquezas de su gloria” (Romanos 9:23). Todas sus perfecciones en gracia, bondad, fidelidad, paciencia, longanimidad y poder, todo el alcance de su amor, serán manifestados en los santos glorificados.

El propósito de Dios al elegir y preparar vasos (o instrumentos) para su gloria es emplearlos para su servicio. Así puso aparte al apóstol Pablo como un “instrumento escogido... para llevar mi nombre en presencia de los gentiles” (Hechos 9:15). Dios ha resplandecido en el corazón de los suyos y se les ha revelado en la Persona de Cristo para que ellos, a su vez, muestren algo de Él en sus vidas. Pero a menudo los creyentes guardan para sí mismos el tesoro que Dios ha puesto en sus corazones. Entonces Dios permite que sus cuerpos, esos vasos de tierra, sean quebrados, como lo fueron las vasijas de los hombres valientes de Gedeón (Jueces 7:19-20), para que la luz brille más afuera. Cuanto más débil sea el instrumento, más claro

estará que la excelencia del poder es de Dios y no del hombre (2 Corintios 4:6-7). El creyente es afinado por el fuego de la prueba, cual metal precioso, para que al fundidor le salga una alhaja (Proverbios 25:4).

Según 2 Timoteo 2:21, se requieren dos condiciones para que un utensilio o vaso pueda ser útil al Señor. Se necesita que sea para uso honroso y que haya sido santificado. El que quiera ser un vaso útil debe apartarse de la iniquidad, es decir, de todo lo que no es conforme a la verdad. Un creyente llega a ser un utensilio para usos honrosos separándose, purificándose de los vasos para usos viles. Dios permite que esa mezcla de utensilios para usos tan distintos subsista en la cristiandad a fin de probar el corazón de los fieles. Para que un vaso pueda ser empleado se requiere, además de ser nuevo –imagen de la nueva naturaleza– que tenga sal (2 Reyes 2:20), es decir, que haya una verdadera separación, puesto aparte para Dios.

También es preciso que el vaso haya sido santificado y consagrado a Dios. En lo que a su **posición** se refiere, todos los creyentes son santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre (Hebreos 10:10, 14). Pero en cuanto **al andar diario**, somos exhortados a limpiarnos “de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1). El creyente debe ocuparse en esta santificación. Mediante el poder del Espíritu que mora en él, debe combatir y velar constantemente. Por una parte, la Palabra de Dios ejercerá su acción santificante sobre él; pues el mismo Señor dijo: “Santifícalos en tu verdad”, y añadió: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Por otra parte, la oración le guardará en el necesario estado de dependencia. Recordemos que un vaso consagrado a Dios no puede destinarse para un uso profano, como lo prueba el

juicio que cayó sobre el impío Belsasar el día en que hizo traer los vasos procedentes del templo de Salomón para beber con sus grandes y adorar a sus dioses (Daniel 5).

En la medida en que el creyente sea constante en santificarse, en consagrarse así a Dios, será un instrumento útil al Señor, y no solo útil, sino dispuesto para toda buena obra. Estas buenas obras son el fruto de la fe; son la manifestación de la vida divina en las circunstancias de cada día. Alguien dijo que las buenas obras son el fruto de la separación y del amor. Dios, quien preparó los vasos, también preparó de antemano las buenas obras “para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). Sea que se hagan para el Señor, para los cristianos o para los hombres en general, deben hacerse en el nombre de Cristo y para Dios; esto es lo que les confiere el carácter de buenas obras. Cristo “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Cuando el corazón está consagrado y ama al Señor por encima de todo, entonces está preparado para toda buena obra. Quizás el servicio sea pequeño, insignificante a los ojos de los hombres, pero no por ello el creyente dudará de hacerlo con gozo. El Señor mismo prepara el camino, solo hay que recorrerlo con la fuerza que Dios da.

*H. Cuendet*

**PARA TODOS**

**EB**

Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas  
PARA TODOS**

**1166 Perroy (Suiza)**

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).